

Universidad Nacional de La Plata

Asignatura: Comunicación, Cultura y Poder

Docentes: Federico Rodrigo, Guillermo Romero y Sol Logroño

Año: 2020

UNIDAD III: LA LUCHA DESDE Y POR LA CULTURA: LOS CULTURAL STUDIES

Las sombras y los grises de lo subalterno en la cultura masiva (Ficha de cátedra)

Como vimos en las clases pasadas, los desplazamientos epistemológicos suscitados por los estudios culturales abrieron la posibilidad de nuevas formas de comprender los vínculos entre lo masivo y lo popular/subalterno. Esta apertura, sintetizada en la expresión “de los medios a las mediaciones”, supuso trascender el análisis textual de los productos mediáticos para reconocer en los procesos de producción de sentido la relevancia de las condiciones socioculturales en las que dichos productos son elaborados, circulan y son recepcionados. Dinámica que implica una compleja serie de alusiones, mixturas, influencias cruzadas y reinterpretaciones, que de ningún modo se agotan en los sentidos y la voluntad de quienes elaboran los textos. Su análisis requiere siempre de estudios situados, ya que en la medida en que toda configuración cultural es heterogénea y dinámica, sus acontecimientos nunca pueden presuponerse. En ellos no hay necesidad, sino contingencia.

En América Latina este desplazamiento epistemológico tuvo desde su emergencia un sentido tanto teórico como político. En tanto se asume que la cultura masiva retoma elementos de la cultura popular negados por otras instituciones sociales así como por una mirada intelectual ilustrada, su estudio se presenta como una vía fructífera para comprender los universos simbólicos de los sujetos subalternos.

De este modo, si inicialmente la pregunta por la “recepción” implicó asimismo un interés por “lo popular”, poco a poco el devenir de este enfoque se fue especificando en el estudio de distintos sujetos, organizaciones y discursos subalternos que (ya) no parecen poder aglutinarse bajo la categoría de “popular”. En este sentido, podemos encontrar esta perspectiva en los estudios sobre mujeres, migrantes, indígenas, juventudes, entre otros, cada uno de ellos con sus propias tradiciones y debates específicos.

En este marco en las últimas décadas, y de manera acelerada en años recientes, fue desarrollándose un campo de estudios sobre comunicación, género y sexualidades en el cruce entre la teoría feminista y de género y los estudios culturales, que es donde nos interesa hacer foco en este texto. Estas investigaciones asignan especial relevancia a las representaciones de las mujeres y otros sujetos subalternos del ordenamiento sexogénico vigente, pero siempre en relación a sus diferentes modos de circulación y apropiación. Lo cual supone atender a las múltiples transformaciones de la vida cotidiana, de los modos de sentir, de ver, de conocer, de congregarse que producen las tensiones entre tradiciones, instituciones, formaciones y experiencias que atraviesan la existencia de los sujetos.

Los estudios sobre comunicación, género y sexualidades. Estereotipos y recurrencias

El vínculo entre las mujeres y la cultura de masas ha sido una preocupación recurrente de los estudios de comunicación y cultura a lo largo del tiempo. Desde principios de 1970, los entonces denominados “estudios sobre las imágenes de la mujer” se focalizaron en denunciar la forma sesgada y estereotipada en que los productos de la industria cultural

representaban a las mujeres, reforzando así su lugar subalterno en el orden social. Estos estudios, en un principio, constituyeron un aporte para incorporar una mirada de género a los estudios sobre medios e industrias culturales. Con el tiempo, este tipo de operación analítica se tornó algo reiterativa, reduccionista y meramente confirmatoria: sólo encontraban en los productos de la industria cultural representaciones que confirman y refuerzan la subalternidad de la mujer, es decir, que reproducen las lógicas de la ideología patriarcal y que llevarían a quienes consumen estas imágenes a aceptar un régimen de dominación sexista.

Imagen 1. La buena esposa.



Un clásico. Los estereotipos femeninos en las publicidades de implementos de cocina.

El problema de este enfoque, cuyo principal (y a veces único) interés radica en denunciar el carácter sexista de los productos masivos, es que trae aparejado un conjunto de sesgos y limitaciones que es preciso revisar críticamente a fin de comprender de manera más sutil y compleja la relación que las mujeres (y otros sujetos subalternos) establecen con la cultura masiva. Entre ellos:

- 1.- La presunción de que es posible lograr una representación justa o adecuada de la realidad de las mujeres.** En verdad, toda representación implica un recorte, una

selección, una serie de procedimientos de ponderación de rasgos enunciativos que inevitablemente comportan una operación ideológica. No existe “la” realidad de las mujeres, sino múltiples experiencias femeninas condicionadas no sólo por las relaciones de género, sino también por las jerarquizaciones raciales, de clase, etc. Cuando estos estudios dicen “la mujer no está fielmente reflejada en los productos culturales” están presuponiendo la existencia de una mujer universal y transparente que debería poder reflejarse en las representaciones mediáticas.

2.- El carácter extremadamente parcial y descontextualizado de los estudios basados en el análisis de contenido de los productos mediáticos sin explorar sus lógicas de producción, circulación y consumo. Lo que supone la anulación total de los contextos simbólicos en los que, parafraseando a Geertz, es posible interpretarlos y tratar de captar sus sentidos. Son ejemplos de este tipo de análisis los estudios que relevan la cantidad de personajes femeninos y sus roles en un conjunto de producciones culturales sin atender al modo en el que esos personajes se vinculan al interior de una trama de relaciones y en un contexto cultural más amplio.

3.- Estos estudios no hacen más que confirmar sus propias certezas previas. Su devenir supone una acumulación de nuevos objetos a un repertorio conceptual que permanece inmovible a través del tiempo (aun cuando algunos de estos objetos poseen notables variaciones temáticas, estéticas y argumentales).

4.- La representación (al menos de manera implícita) de las mujeres que consumen ciertos productos de la cultura masiva como “tontas culturales” (retomando la expresión de Stuart Hall) a las que la crítica “iluminada” debe esclarecerles su situación pretendidamente degradada.

En suma, la ponderación de un tono denunciante termina obturando un debate estratégico: la interrogación de los materiales de la cultura masiva como ámbito crucial de articulación política y simbólica de las múltiples experiencias de las mujeres, esto es, como espacio de disputa para el movimiento feminista.

Imagen 2. El huracán Thelma.



La denuncia pública por abuso sexual realizada en conferencia de prensa (y formalizada en el ámbito judicial) por el colectivo *Actrices Argentinas* contra el reconocido actor Juan Darthes en diciembre de 2018 operó como catalizadora de numerosas denuncias por situaciones de violencia machista en los más variados ámbitos sociales.

De este modo, para algunas autoras que asumen una posición dentro del feminismo desde la perspectiva teórica de los estudios culturales, impugnar que el consumo de ciertos productos de la cultura masiva vehiculiza el deseo de muchas mujeres, en honor a ciertos parámetros pretendidamente universales definidos a priori desde la academia o el activismo, implica negar el valor de la experiencia de dichas mujeres y por lo tanto debilita el potencial político de la crítica feminista.

Entonces, a pesar de que los trabajos pioneros constituyeron un cuerpo de conocimiento necesario acerca de las representaciones de las mujeres en los medios y reconocieron en la cultura de masas un espacio de socialización de género, pedagogía sexual y educación sentimental, rápidamente se pusieron en evidencia sus limitaciones. Diferentes intelectuales y activistas señalaron la necesidad de dar cuenta de las múltiples experiencias de las mujeres y cuerpos feminizados, los vínculos que establecen con la cultura de masas en calidad de audiencias o el lugar que ocupan y las estrategias que despliegan cuando están en la pantalla o detrás de escena.

El cuestionamiento de fondo apuntó a la asociación implícita que el feminismo dominante realizaba entre las posturas críticas y ciertos repertorios socioculturales específicos, ubicando sus propios parámetros culturales (el lenguaje, la lógica de razonamiento e, inclusive, los gustos estéticos de los sectores medios y altos blancos de los países del capitalismo avanzado) como los únicos válidos en la lucha contra el patriarcado.

En rigor, el problema del sujeto de la representación (político y mediático) es un núcleo histórico de debate al interior de los feminismos que ha dado lugar a disputas internas y a desarrollos de perspectivas epistemológicas y políticas diversas (feminismos negros, chicanos, populares, lesbianos, poscoloniales, entre otros), que han cuestionado la posición dominante de algunas experiencias de clase, raza, edad, religión y orientación sexual. La compilación realizada por Cherríe Moraga y Ana Castillo en [*Esta puente, mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*](#) constituye un hito en estas discusiones. Libro en el que se destacan dos textos cruciales para las tradiciones feministas que enfatizan en las múltiples dimensiones de la opresión: [*La prieta*](#), de Gloria Anzaldúa y el [*Manifiesto Colectiva del Rio Combahee - Una declaración negra feminista*](#).

**Manifiesto Colectiva del Rio Combahee - Una declaración negra feminista. Abril de 1977.
(Fragmento)**

“Nosotras creemos que la política de la sexualidad bajo el sistema patriarcal se adueña de las vidas de las mujeres negras tanto como la política de clase y raza. También encontramos difícil separar la opresión racial de la clasista y de la sexual porque en nuestras vidas las tres son una experiencia simultánea. Sabemos que no existe tal cosa como la opresión racial-sexual que sea solamente racial o solamente sexual.

[...] Aunque somos feministas y lesbianas, sentimos solidaridad con los hombres negros progresistas y no defendemos el proceso de fraccionamiento que exigen las mujeres blancas separatistas. Nuestra situación como gente Negra requiere que tengamos una solidaridad por el hecho de ser de la misma raza, la cual las mujeres blancas por supuesto no necesitan tener con los hombres blancos, a menos que sea su solidaridad negativa como opresores raciales.

[...] Reconocemos que la liberación de toda la gente oprimida requiere la destrucción de los sistemas políticos y económicos del capitalismo y del imperialismo tanto como el del patriarcado. Somos socialistas porque creemos que el trabajo se tiene que organizar para el beneficio colectivo de los que hacen el trabajo y crean los productos, y no para el provecho de los patrones. Los recursos materiales tienen que ser distribuidos igualmente entre todos que creen estos recursos. No estamos convencidas, sin embargo, que una revolución socialista que no sea también una revolución feminista y antiracista nos garantizará nuestra liberación”.

Uno de los primeros trabajos que desde los estudios de comunicación se propuso darle valor a las experiencias de las mujeres que no formaban parte del feminismo dominante fue el de Janice Radway (1991), quien en los años 80 exploró el modo en que leían literatura romántica las mujeres de una pequeña ciudad de Estados Unidos. Inicialmente, al concentrarse en los textos literarios la autora advirtió lo previsible: la reproducción de los modelos tradicionales de feminidad y masculinidad. Sin embargo, al indagar los sentidos que les otorgaban a estos textos las mujeres que los leían con avidez, Radway tuvo su propio “escalofrío epistemológico” (parafraseando la anécdota de Martín-Barbero narrada en la clase [pasada](#)). Frente al discurso feminista ilustrado que concebía esta literatura como un modo de confinar a las mujeres al espacio de lo doméstico, advirtió que las lectoras de literatura romántica (predominantemente amas de casa) asumían esta actividad como un espacio de autonomía, como un tiempo destinado al disfrute propio.

Este tipo de trabajos muestra la importancia de no subestimar las autopercepciones de los sujetos subalternos, ni sus propias concepciones de transformación y autonomía, por mucho que éstas disten de los principios de quien las analiza. Si bien cuando existe un apasionamiento con aquello que estamos estudiando siempre es tentador pretender mensurarlo en relación con nuestro ideal de emancipación, es preciso advertir que dicho ideal también resulta condicionado por nuestra propia experiencia y puede resultar profundamente negador de los sujetos que pretendemos comprender analíticamente e interpelar políticamente.

Nuevas interrogaciones sobre la cultura masiva y el empoderamiento femenino

En un texto señero respecto del enfoque que estamos reconstruyendo, Carolina Justo y Carolina Spataro señalan que, curiosamente, algunos sectores feministas

“ven en las mujeres que están en las pantallas meros objetos de deseo puestos a la orden de los varones, pedazos de carne que se mueven contra un caño frío o una pelvis ajena y que se encuentran allí porque no habrán tenido opción o porque no advierten que ‘perrear’ en vivo por un diez del jurado del certamen televisivo *Bailando por un sueño* es denigrante” (2016, p.118).

Imagen 3. Cuando la violencia machista mide 30 puntos de rating¹.



¿Hipocresía? ¿Masificación de una consigna política? ¿Es posible una crítica cultural capaz de superar este dualismo?

¹ Estamos parafraseando el título de un [artículo](#) publicado en la revista Cosecha Roja.

Luego de que Marcelo Tinelli posara con un cartel con la consigna #NiUnaMenos, sumándose así a la convocatoria a la histórica movilización contra los femicidios y otras formas de violencia machista realizada por primera vez el 3 de junio de 2015, surgió un debate sobre la supuesta hipocresía del conductor televisivo, precisamente uno de los principales acusados por parte de la crítica cultural feminista de propagar los estereotipos sexistas y tratar el cuerpo de las mujeres como meros objetos dispuestos para la satisfacción del deseo masculino. De manera más general, esta discusión se inscribe en torno a la potencialidad y los riesgos que supone la masificación de ciertas demandas y consignas políticas una vez que pasan por el tamiz de la industria cultural. En aquel momento, la periodista Hinde Pomeraniec escribió en su muro de *Facebook*:

“Desde que la consigna #NiUnaMenos tomó la calle, la palabra femicidio está en las redes, en los medios, en las conversaciones. Y llegó a Tinelli, sí, también. El mismo que muestra el culo de las chicas pero cuyo programa ven millones de personas que seguramente nunca antes escucharon hablar de femicidio. El riesgo de la frivolización existe. La discusión de cómo se educa y cuál es la mejor campaña aún no está cerrada; que yo sepa nadie tiene la palabra final sobre esto”.

Efectivamente, la frivolización, la espectacularización y la descontextualización son riesgos que trae aparejada la inscripción de ciertas demandas en la cultura masiva, pero sin dicha inscripción sus posibilidades de expansión resultan realmente escasas en sociedades profundamente mediatizadas como las actuales. Por otra parte, como señalan Justo y Spataro, la impugnación absoluta de estos productos tiende a subestimar o desconocer las dimensiones lúdica, de goce, erótica, irónica o paródica en los vínculos establecidos por las audiencias con los medios de comunicación, así como las estrategias laborales, de publicidad u otras elaboradas por las mujeres que participan en calidad de protagonistas. En algunos casos, incluso, puede advertirse en este enfoque “denuncialista” una suerte de custodia moral que pretende tutelar a sujetos pretendidamente incapaces de reconocer los componentes ideológicos de los discursos mediáticos, llegando a plasmarse en algunas circunstancias en prácticas abiertamente punitivas como puede ser la exigencia de regulación y hasta erradicación de contenidos. De acuerdo a estas autoras,

“No hay forma de tener una comprensión acabada sobre cómo funcionan en la cultura el programa de Marcelo Tinelli, la música de reguetón y los libros de Florencia Bonelli –por mencionar tres de los productos culturales que desvelan a las posiciones denunciadoras– si no es indagando a quienes los consumen y los producen; es necesario que los estudios de comunicación y género produzcan conocimiento sobre las audiencias y las rutinas profesionales. Esto no quiere decir, insistimos, adoptar una mirada ingenua sobre las normas sociosexuales y de género que allí se reproducen. No es ese el objetivo sino, por el contrario, preguntar y estudiar específicamente de qué modo se vinculan las mujeres con la cultura de masas, más allá y más acá de la reproducción o el cuestionamiento del orden vigente. Estas mujeres no están allí en una perpetua espera de ser salvadas por la agudeza crítica de la academia o la militancia. Pero sí están, tal vez, para mostrarnos los modos en que el género y la sexualidad se tramitan también a través de la cultura de masas” (Justo y Spataro, 2016, p.129).

“Porno para mamás”

Es en este marco de debates donde se inserta *Circulaciones, debates y apropiaciones de las Cincuenta sombras de Grey en la Argentina*, de Karina Felitti y Carolina Spataro (2015), texto que explora los sentidos locales anudados al éxito a escala mundial de una de las tantas expresiones de la cultura masiva que en los últimos años ha reactualizado estos debates: el romance de alto contenido erótico y con componentes *sado* entre Anastasia Steele y Christian Grey (Dakota Johnson y Jamie Dornan en la versión cinematográfica) plasmado en una serie heterogénea de productos asumidos en su conjunto como partes de un mismo fenómeno (libros, películas, juguetes sexuales, lencería erótica y coaching sexual inspirados en la saga).

Asumiendo las críticas al “denuncialismo feminista” que repusimos en las páginas previas, las autoras trazan una relación entre los mecanismos de difusión de estos productos (sus lógicas de comercialización y sus estrategias publicitarias), el análisis de los textos mismos (su inscripción singular en ciertos géneros discursivos) y las formas en que éstos resuenan con la experiencia de las personas que los consumen y el significado que le atribuyen. Así,

para comprender el fenómeno indagado, la prensa, el mercado de bienes y servicios eróticos y los relatos de lxs ávidxs seguidorxs de la saga (mayoritariamente mujeres) resultan tan relevantes como la lectura crítica de los libros y las películas.

El fenómeno de las *Cincuenta sombras de Grey* tiene como plataforma de despegue una trilogía compuesta por los libros *Cincuenta sombras de Grey* (2011), *Cincuenta sombras más oscuras* (2012) y *Cincuenta sombras liberadas* (2013), a la que se sumó *Grey. Cincuenta sombras contadas por Christian* (2015), todos ellos escritos por Erika Leonard Mitchell, más conocida por su seudónimo L. James. Posteriormente las primeras tres novelas fueron llevadas al cine con un notable éxito de taquilla en distintos países del mundo. La historia de la saga comienza con el encuentro entre Anastasia Steele, una joven estudiante empleada en una ferretería algo introvertida y “virgen”, y Christian Grey, un empresario exitoso mayor que ella, millonario, atractivo, de carácter imponente, con amplia experiencia sexual, y practicante de BDSM (Bondage; Disciplina/Dominación; Sumisión/Sadismo; Masoquismo) en un rol dominante. Como señalan Felitti y Spataro, los libros despliegan este vínculo erótico y afectivo en una trama construida con componentes clásicos de las historias de amor romántico y abundantes escenas de sexo que incluyen elementos del universo BDSM, una combinación original que las técnicas de mercadeo contemporáneas supieron aprovechar para convertir a la saga en un éxito (2015).

Imagen 5. Anastasia y Christian en la “sala de juegos”.



La saga recibió duras críticas por la distribución de roles en la relación amorosa.

Tal como reconstruyen las autoras, en paralelo a la avidez del público por el devenir de la historia, los medios de comunicación, la academia y el activismo feminista comenzaron a debatir sobre las razones de este fenómeno y sus posibles efectos sociales en el orden de género. Mientras algunas voces críticas resultaban más bien una expresión de “pánico sexual” frente al universo BDSM, otras ponían el acento en que el problema de la saga no era la supuesta violencia de las prácticas sexuales del señor Grey sino el modo en que él monitoreaba la dieta, amistades, trabajo y circulación pública de Anastasia. El reconocido escritor Stephen King, incluso, llegó a caracterizar despectivamente estos relatos como “porno para mamás”. En simultáneo, otras voces destacaban en cambio el autoconocimiento que iba desarrollando la protagonista, valoraban sus exploraciones y negociaciones en cuanto le permitían ampliar sus horizontes de placer sexual y así empoderarse.

Retomando los planteos que venimos realizando a lo largo de la cursada, resulta interesante leer el éxito de las *Cincuenta sombras...* en relación a un contexto donde la mayor autonomía femenina en múltiples espacios sociales coexiste con la persistencia de saberes, imaginarios y prácticas inscriptos en una moral sexual tradicional (que de todos modos va asumiendo sutiles torsiones que siempre es preciso comprender de manera situada). En este caso puede decirse que la saga recupera algunas banderas de la liberación sexual femenina y el derecho al goce de las mujeres, reinscribiéndolas en la persistente continuidad del prisma del amor romántico, matriz discursiva que sigue operando para muchas mujeres como un horizonte de proyección del deseo (Elizalde y Felitti, 2015), aun cuando en estos relatos adquiere quiebres discursivos novedosos como la abundancia de escenas de sexo explícito y sobre todo de elementos del mundo BDSM.

En un [trabajo](#) en el que exploran en torno a cursos, publicaciones y sitios web que enseñan técnicas de seducción y erotismo para mujeres, Silvia Elizalde y Karina Felitti plantean que estos dispositivos se inscriben, con lógica mercantil, en el vacío que dejan los discursos feministas que rechazan de plano la matriz ideológica del amor romántico, lo

que ubica a priori a un amplio número de mujeres en un lugar de supuesta autodegradación y complicidad con la violencia machista y patriarcal (2015).

Por su parte, al focalizar la atención en las seguidoras de esta saga, el texto de Felitti y Spataro permite interrogar críticamente

“los modos en los que comprendemos la autonomía de las mujeres y los caminos que se consideran ‘correctos’ para alcanzar la liberación femenina en todos los aspectos vitales, incluido el sexual. Sin duda, la formación académica y la militancia son una vía para ello, pero no la única. Millones de mujeres en el mundo se permiten la interrogación sobre su propio placer y libertad de la mano de la cultura de masas y no necesariamente de una lectura atenta de los textos clásicos del feminismo o a partir de la toma del espacio público para demandar sus derechos” (2015, p.25).

Una apuesta por los grises

El recorrido trazado en estas páginas pretende ser elocuente respecto del reduccionismo que supone imaginar que los productos de la cultura masiva únicamente restringen las posibilidades del decir y los modos de ver a través de una reproducción punto a punto de las normativas dominantes de una época.

Además de impedirnos ver todos los grises (los matices, las tensiones, las sutiles variaciones) que se traman en las narrativas mediáticas, dicha mirada obtura la posibilidad de asumir los espacios de la cultura masiva como ámbitos de incidencia y articulación política. En los años de debate en torno de algunas de las leyes recientes en Argentina (sobre matrimonio igualitario en 2010, identidad de género en 2012 y aborto en 2018, por ejemplo), los programas de chimentos y magazines televisivos fueron espacios claves para la puesta en agenda pública de esas demandas de derechos. Lo hicieron, además, en muchos casos en la palabra de celebridades locales que discutían y defendían en vivo las

razones para la sanción de estas leyes y ponían en primera persona los avatares de la desigualdad de derechos.

Imagen 6. Intrusas en el espectáculo.



La presencia a comienzos de 2018 de referentes feministas en *Intrusos en el espectáculo*, así como la imagen de Jorge Rial portando el pañuelo verde de la Campaña por el aborto legal seguro y gratuito, reactualizó estos debates al interior de los feminismos.

En definitiva, estas tensiones muestran la existencia de una discusión latente en torno a si ciertos productos masivos, aun cuando recuperen consignas y demandas de distintos colectivos subalternos, resultan realmente emancipadores o no. Interesa nuevamente volver acá al punto de partida: ¿emancipadores para quiénes?

Como señalan Justo y Spataro,

“En el contexto de un estado deliberativo acerca de lo que conocimos en otra época como las entidades inmutables del sexo y el género, el movimiento #NiUnaMenos consolidó demandas que hace décadas llevaba adelante el movimiento de mujeres, las visibilizó de manera contundente y habilitó la participación de sectores más

amplios de la sociedad. Una ampliación que siempre es bienvenida, en la medida en que rompe las barreras endogámicas, pone en la agenda pública los problemas de la desigualdad y violencia de género y potencia las demandas al Estado. Pero la transformación profunda de las relaciones sociales requiere también de una puesta en cuestión de los modos automáticos en los que analizamos las experiencias de quienes no encajan con nuestro ideal emancipatorio, siempre clasista y etnocéntrico” (2016, p.129).

Lo que los estudios que recuperamos en este texto intentan hacer es descentrar el análisis, discutir que haya un único parámetro desde el cual “medir” los productos culturales (la calidad de las obras, las razones de su éxito, etc). Resulta importante aquí volver a remarcar que procurar comprender un fenómeno no implica celebrarlo. No es preciso compartir totalmente el sentido de una práctica para intentar explicarla desde un lugar que no suponga desconocer la perspectiva de los actores implicados en ella. De este modo, queda planteada la pregunta respecto de la legitimidad (tanto teórica como política) de que el activismo o la crítica cultural puedan arrogarse el derecho de definir qué tipo de productos constituyen o no violencia simbólica.

A modo de cierre, interesa destacar entonces el esfuerzo de los estudios culturales por leer la cultura masiva como un campo de disputa. Ni alienación absoluta ni pura resistencia, la industria cultural se presenta como un espacio donde es posible advertir, procesar y disputar los repertorios simbólicos.

Referencias bibliográficas

Elizalde, S. y Felitti, K. (2015). “Vení a sacar a la perra que hay en vos”: pedagogías de la seducción, mercado y nuevos retos para los feminismos. *Revista interdisciplinaria de Estudios de Género de El Colegio de México*, 1(2), 3-32.

Felitti, K. y Spataro, C. (2015). Circulaciones, debates y apropiaciones de las Cincuenta sombras de Grey en la Argentina. *Revista interdisciplinaria de Estudios de Género de El Colegio de México*, 4(15), 1-31.

Justo, C. y Spataro, C. (2016). Cincuenta sombras de la cultura masiva. Desafíos para la crítica cultural feminista. *Nueva Sociedad*, N° 265.

Martín-Barbero, J (1987). Los métodos: de los medios a las mediaciones. En *De los medios a las mediaciones*. Barcelona: Gustavo Gili.

Radway, J. (1991). "Conclusion". En *Reading the Romance: Women, Patriarchy, and Popular Literature*. Chapel Hill-Londres: University of North Carolina Press.